

ORTEGA GUTIÉRREZ, David. *Educación, Ciudadanía y Postmodernidad*. Madrid. Editorial Gens, 2008

RAQUEL MARAÑÓN GÓMEZ (\*)

El libro *Educación, Ciudadanía y Postmodernidad* de David Ortega, publicado por la editorial Gens, se presenta como un libro de utilidad para el lector socialmente inquieto. A medida que uno avanza en su lectura se rebela como anestesiante para la desorientación que el mismo autor asocia al hombre postmoderno.

Estructurado en tres grandes bloques, afronta tres preguntas básicas: De dónde partimos, qué necesitamos fomentar y cómo actuar cada día. En ellos ataca de lleno las cuestiones esenciales evitando, como el mismo autor dice en su introducción, parchear los problemas, que es a la postre una de las características postmodernas. Se busca en última instancia un compromiso activo del lector para despertar conciencias dormidas bajo la creencia de la teoría de la balanza, es decir, que individualmente sí tenemos influencia y sobre todo responsabilidad en nuestro entorno.

El primero de los bloques lo dedica al tema ¿De dónde partimos? La respuesta inicial conecta con el propio título del libro: La Postmodernidad, término que define las coordenadas espacio-temporales y sobre el que volverá más adelante.

Ortega nos aporta dos premisas de arranque. Por un lado, conocer la realidad en la que vivimos es el primer paso para poder valorarla. Utiliza para esbozar este concepto la persona de Salvador Giner que tenía como lema «FORMAR HOMBRES». En este sentido es necesario destacar que coinciden ambos autores en la voluntad pedagógica de su obra.

---

(\*) Letrada de las Cortes Generales.

Una vez conocemos esa realidad, podemos valorarla y por lo tanto estamos en disposición de asimilar la información.

El autor no sólo nos aporta las claves de estudio o de su método de extracción de conocimiento a modo de iter lógico, sino que partiendo de nuestras coordenadas espacio-tiempo, la postmodernidad, selecciona una definición de la misma, la de Jean François Lyotard, que es la siguiente: «estado de la cultura después de las transformaciones que han afectado a las reglas de juego de la ciencia, de la literatura y de las artes a partir del siglo XIX» y partiendo de aquí, analiza lo que son sus características principales, acotando su concepto.

Estas serían:

- Que se da en países desarrollados.
- Que su origen es americano.
- Que se trata de un concepto transversal.
- Instaura un relativismo cultural.
- Se produce un rechazo a lo universal.

La postmodernidad produce un abandono de la cultura más elevada, la espiritual. Desaparece la voluntad de la cultura y de la genialidad y se instaura una mediocridad. Esta mediocridad se manifiesta en un ansia desmesurada de vivir, en la elevación del *carpe diem* a regla vital y el abandono de la reflexión y en definitiva de la medida. Respeto a estas consideraciones de David Ortega, ya otro Ortega, Ortega y Gasset, había criticado lo que denominó el plebeyismo, es decir la ausencia de los mejores, la sofocación de la genialidad y el ahogo de la individualidad que proviene de la opción vital por el estudio.

Se abandona el lema griego de «conócete a ti mismo» para elevar a extremos el «*primum vivere et deinde philosophare*» de los romanos, hasta el punto de que en muchos casos el primado de la acción, de la acción irreflexiva, evita todo tipo de pensamiento.

Una de las consecuencias de esta irreflexión ya fue tratada por Montesquieu en su obra sobre las *Causas de la Grandeza de los Romanos* y

su *Decadencia* en la que en la búsqueda de la respuesta a una de las grandes preguntas filosóficas que se plantea ¿qué es la felicidad?, encuentra que la respuesta está en el equilibrio, en la medida.

El postmoderno habría así, trazando el paralelismo, roto con la medida, quebrándose el equilibrio que uno debe dar a su existencia y eso concluye con elevadas cuotas de infelicidad.

En este primer bloque recorre el efecto de la postmodernidad en muchos de los grandes conceptos de la vida pública y privada del ser humano: economía, sociedad, ética, religión, comunicación, educación y política.

El efecto de la economía unido a la postmodernidad en el hombre actual ha moldeado, considera Ortega, un nuevo tipo de hombre. Resumiendo lo dicho y citando a Eric Fromm, no sólo en el *Arte de Amar* sino también en el *Ensayo sobre la Condición Humana Actual*, se impone el tener sobre el ser.

Pero la persona no está irremediablemente condenada a los impulsos posesivos, a priorizar el tener sobre el ser.

Existe una dicotomía entre valores o formas de actuación y en última instancia la decisión pertenece al sujeto. Así las opciones se presentan claras entre las disyuntivas cooperación/ competencia, pensar en el otro / sobrevivir, nobleza/astucia e integridad y todo vale.

La clave de arco es la correcta elección, lo que recuerda a otro libro también muy recomendable: *El valor de elegir*, de Fernando Savater.

Ortega se lamenta al constatar un hecho, mantener la integridad acarrea problemas de muy diversa consideración. Hoy en día con un darwinismo mal entendido se considera por muchos que ser una buena persona es signo de debilidad, de fragilidad. Profundizando en el hombre surgido de la economía capitalista postmoderna, el autor destaca la existencia de dos tipos de impulsos; los impulsos creativos y los impulsos posesivos. Estos impulsos se corresponden con las necesidades del hombre que pueden ser materiales o espirituales en función de que

atiendan al lado físico o al lado no material de la vida. Para cubrir estas necesidades surgen también diferentes tipos de bienes.

Ortega destaca una idea, ya presente en el Ensayo sobre el Origen del Lenguaje de Rosseau, sólo las necesidades espirituales nos hacen verdaderamente humanos y nos distinguen de los animales.

Pero es que como además indica el autor los bienes materiales que se asientan sobre la idea de la propiedad poseen un efecto que podíamos denominar *uti singulis*, son un mero instrumento que sirve a las necesidades del hombre, mientras que los bienes espirituales poseen un sustento creador y su efecto podríamos calificarlo de *erga omnes* porque superan mucho más que al sujeto creador. Además son un fin en si mismo. En definitiva nos sirve para ilustrar lo dicho, el imperativo categórico de utilizar siempre al hombre como un fin y nunca como un medio.

La formación integral de la persona posee tres dimensiones sobre las que trabajar, la intelectual, la espiritual y la del carácter lo que supone educar en valores.

Según nos indica Ortega el sistema capitalista-tecnológico incide de manera directa en esta formación integral de la persona a través de una antropogénesis.

El resultado de este proceso de cambios se concreta en el surgimiento de un hombre egoísta, centrado en si mismo, que ha interiorizado el sistema económico capitalista darwinista. Esto se produce por una libertad mal entendida.

El hombre surgido de esta interacción del capitalismo en su sistema formativo es un ser con posibilidades de acceso a mucha información pero profundamente ignorante. La diferencia es clara, entre estar informado y ser competente cognoscitivamente.

Esta competencia proviene en gran medida de un espíritu crítico y así las humanidades se presentan por Ortega como un antídoto frente a la manipulación. La formación nos hace libres.

Ese hombre carente de espíritu crítico lo es en gran medida por ser falto de carácter, según otra de las características que le atribuye el autor. Muestra desde la filosofía de ese prototipo humano son las obras *Sobre la Libertad* de J.Stuart Mill, *La Rebelión de las Masas* de Ortega o el *Miedo a la Libertad* de Eric From.

Por último, la otra gran característica de este período es la crisis de la familia.

Pero ante este panorama desolador, Ortega presenta una actitud positiva y así cree imprescindible romper el engaño que supone la resignación, la creencia en que nada se puede hacer.

En el análisis de la postmodernidad y de la sociedad muestra su vocación didáctica al hacer un recorrido por las diferentes sociedades históricas para concluir con una triste realidad el modelo social actual no se basa en la máxima socrática de la virtud es conocimiento o en el logos de la *stoa* o en el atrevete a saber de la Ilustración sino que se obtiene de las personalidades que salen en televisión, lo que denomina triunfadores de una pseudorealidad fruto del marketing y del negocio televisivo.

Lamenta la falta de grandeza de espíritu y se lamenta especialmente de que esto se produzca entre los dirigentes, que deberían ser espejos en los que se mirase la población. Parece querer Ortega rescatar una aristocracia del espíritu de Platón. En esta debilidad del espíritu los medios de comunicación han jugado un papel destacable a través del conformismo y así no son agentes del cambio sino que potencian el modelo actual.

Pero desde la actitud pedagógica que comentábamos y que marca todas sus reflexiones nos pide una revolución lenta, silenciosa y humilde que con rotundidad pero bajo la bandera de la sencillez, rechace los modelos falsos y huecos.

Ortega despierta conciencias de los educadores cuando a pesar de saber necesario ese cambio seguimos potenciando modelos equivocados, cuando esta elección se justifica por el principio de necesidad

maquiavélico. La educación es algo que ha de trascender, es, parafraseando la obra de Savater, un valor, porque como el autor dice, la humanidad no es sólo inmediatez sino también pasado y especialmente futuro. Ya Erasmo decía que de la correcta educación de la infancia depende la grandeza de las naciones.

En lo relativo a la ética, Ortega reivindica la vuelta al deber ser. Denuncia un panorama en el que tres factores han propiciado el abandono de la reflexión, del mundo de los valores. Estos son la ignorancia de la historia, el triunfo del relativismo postmoderno y del maquiavellismo, es decir, de aceptar sin más las cosas como son y no como deberían ser, en definitiva el conformismo vital.

La alternativa que traza es muy evidente: generosidad frente a egoísmo, valor frente a competitividad y frente a la estupidez la inteligencia.

También da cabida en su obra Ortega a una reflexión sobre la religión denunciando una sociedad deshumanizada y afirmando la validez del mensaje de Cristo de amar hasta el extremo, es decir de la unión entre el amor y el valor, al tiempo que marca la diferencia entre la Iglesia que es fiel a estos postulados y la que se desvía del mensaje original que denomina respectivamente la Iglesia de Dios y la Iglesia del Diablo.

Otro apartado interesante dentro del recorrido por cada uno de los ámbitos de la sociedad actual es el de los medios de comunicación.

La comunicación humana como arma contra la soledad distingue al ser humano pero hoy en día existe una carencia en el receptor, y ésta es la falta de saber escuchar. Saber escuchar, que Ortega asocia a dos características básicas: la sabiduría y la humildad.

Del campo de la política denuncia los filtros del proceso de reclutamiento. Se imponen nuevamente las mal entendidas virtudes maquiavélicas y así no siempre sobreviven en política los temperamentos más sólidos. Reclama Ortega la necesaria preparación y formación de la clase dirigente para que pueda orientar el cambio en la línea de lo antes manifestado: generosidad, valor e inteligencia.

El segundo de los bloques se centra en dar respuestas a qué necesitamos fomentar.

La primera de las actuaciones debería venir en la línea de educar el carácter. La educación es como el autor indica, algo más que transmisión de conocimiento, además la posesión del conocimiento no garantiza el correcto uso del mismo.

Ahí es donde entra con toda razón la necesaria educación del carácter. Es necesario por tanto poner el conocimiento al servicio de un fin ético y tener la suficiente fuerza de voluntad y perseverancia para permanecer leal a uno mismo frente a los embustes que la unión de conocimiento y generosidad produce, por el ataque a esa combinación tan necesaria y que representa una amenaza a los débiles de espíritu

Otra necesidad según Ortega es mantener la capacidad de soñar, de vivir por un sueño, en definitiva podríamos decir de ilusionarse.

En la sociedad actual existe un gran acceso al conocimiento pero su recepción es en muchos casos pasiva, es necesario recuperar el protagonismo pero también lo es acompañarse de la educación del carácter, de la independencia y de la firmeza. Estos rasgos acompañarán siempre al sujeto e incluso le serán útiles cuando el conocimiento se diluya por el transcurso de los años. Recordemos la frase del viejo profesor Bobbio en su obra *De Senectute* cuando afirma que a cierta edad son más importantes los afectos que los conceptos.

La amistad la contempla Ortega también como una saludable necesidad y afirma que pocas cosas en la vida pueden merecer tanto la pena como invertir el tiempo en cultivar amistades. La amistad se presenta a sus ojos como un antídoto contra la soledad no deseada. Da igualmente dos claves para reflexión de aquellos que tienen dificultades en mantener amigos: la vagancia por desatender sus cuidados y la soberbia.

También es necesario recuperar la sensibilidad destruida en gran medida por la competitividad que recorre las relaciones humanas. Otros valores necesarios son la capacidad de crear, es decir, la creatividad, la curiosidad y la humildad.

La creatividad va inexorablemente unida a la generosidad. Se comparte lo que se crea y por lo tanto contribuye a luchar contra el egoísmo.

La curiosidad intelectual, claro está, se manifiesta en el goce por aprender, en el lema kantiano del *atrévete a saber*. Esta curiosidad intelectual parte de la humildad y necesariamente debe manifestarse en saber escuchar, al admitir que necesitamos saber cosas que desconocemos, por lo que es doblemente benévola. La humildad es el motor que desarrolla la auténtica humanidad y que Ortega considera la verdadera carta de presentación del sabio.

En el tercero de los bloques nos indica cómo actuar día a día. En este bloque realiza una serie de reflexiones en relación con el necesario respeto a uno mismo, a ser fiel a nuestros principios, a mantenerse aunque sea en soledad frente a los demás en defensa de lo que se cree justo, en la opción que se manifiesta diariamente por la democracia y en definitiva a que el cansancio no nos abandone, a no tirar la toalla, a no permitir que se nos arrebate la posibilidad de decidir sobre nuestro propio camino. Todo lo aquí dicho puede ser reconducido a la fórmula independencia de espíritu y firmeza de carácter, aportada en el bloque segundo.

El libro de Ortega en manos del lector no es sólo recomendable sino que es necesario, un buen ejemplo de responsabilidad intelectual y generosidad por ofrecer al lector un conjunto de reflexiones que sirven para arrojar luz en un panorama a veces un tanto desolador de la sociedad postmoderna.